HERALDO DE MURCIA

AÑO III — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 747

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

DOMINGO 2 DE SEPTIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.
En primera. . . . . 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

El nuevo conflicto

Todas nuestras gestiones, todas nuestras campañas de estos últimos dias, interesando el ingreso en las arcas de la Diputacion de esas miles de pesetas que por esos mundos y bufetes andan desperdigadas, no tenian otro motivo ni otra finalidad que el evitar el conflicto que ha surgido en los asilos benéficos por la carencia de víveres.

Los abastecedores de dichos establecimientos manifestaron ayer que á partir de hoy dejarían de facilitar alimentos toda vez que se les adeudan ya tres mensualidades.

De cuantos conflictos pueden surgir en la Diputacion, hacemos responsable al Sr. Campoy por su apatía y abandono en hacer cumplir á los Ayuntamientos con el deber que la ley les señala de ingresar en las arcas de la Diputacion las cantidades que por atenciones de contingente provincial adeudan.

Y hacemos responsable al Sr. Campoy; por que recordamos la famosa *cueva* del gobierno civil en donde el caciquismo tiene encerrados bajo la salvaguardia del Sr. Gobernador, más de dos mil expedientes sin resolver.

Y hacemos responsable al Sr. Campoy por que si es cierto lo que nos dice «Las Provincias de Levante» de que el gobernador civil habia excitado el celo de ciertos diputados á Cortes para lograr de los Ayuntamientos de sus distritos el ingreso de fondos, ó estos señores diputados no han hecho nada en pró del mejoramiento de la situacion aflictiva de la casa provincial, ó no tienen autoridad ninguna cerca de los alcaldes, en cuyo caso resulta de un modo ú otro que el Sr. Gobernador no debió nunca confiar en la gestion del caciquismo, siempre lesiva para los asilos benéficos y siempre deshonrosa para los gobernadores que no tienen caracter y abandonan los sagrados deberes que les está confiados.

Eran las dos de esta tarde cuando nos hemos personado en la casa de Misericordia á inquirir si los abastecedores habian proveido de los víveres necesarios al dicho establecimiento para el mantenimiento de tanto desgraciado como allí hay recogido, y se nos ha contestado que hasta aquella hora nada se había llevado, y que estaban sin desayunarse los asilados.

Con el alma llena de dolor hemos salido de aquella casa, pensando en aquellos pobres niños que allí quedaban, ambrientos, encerrados tras las altas y sombrias paredes, y nos pareció aquello el presidio del hambre vigilado á poca distancia por el caciquismo que no lejos de allí tiene su palacio.

Y seguimos, y al pasar, contemplamos el Manicomio y oimos los gritos de los pobres dementes. ¡Tambien tendrian hambre!

Y aquel trágico concierto de gritos de de infelices criaturas y pobres locos, nos ha impresionado vivamente y más, cuando nos ha representado la imaginacion el cuadro de la Iglesia alumbrada por la dudosa luz que dejan pasar los cortinajes espesos y el hombre de rodillas dándose golpes de pecho ante el altar de Dios.

Pero ¡si hay que doblar el corazon y no las rodillas, ¡si hay que tener más caridad, aunque se visite menos el templo del Señor!

Con memos y con hipócritas no se llega más que al estado que hemos llegado.

Y mientras tanto, el colega del sindicato, la verdadera tia Javiera, la que expende las verdederas rosquillas de la regeneracion, la que vela por los asilos, llevando á los asilados de juerga para que sirvan de diversion y de instrumento en la comilona de la Caridad, guarda el mayor silencio y enmohece sus plumas que solo las rasquea para ofender la dignidad del periodismo.

¿Para cuando se guardan los pujos regeneradores de «Las Provincias? Para estos casos sirve la independiencia de que quiere alardear y que tiene perdida desde que entró en la casa de la inquisicion.

¡Inquisicion! Palabra mágica que miles recuerdos despierta de otros tiempos de tirania, de abuso y explotacion; tiempos que pasaron, pero la casa, subsiste y alguien se refugió en ella, ¿Es que se quiere continuar la *gloriosa* tradicion?

DE MADRID Á MURCIA

Lo de Vigo

¿Qué ha pasado en Vigo? Eso es lo que el gobierno no quiere que se sepa, y por eso la censura intercepta el telégrafo.

Algo grave y muy grave debe haber ocurrido durante la permanencia de los Reyes en aquella poblacion, porque los entusiasmos ministeriales cesaron después de conocer los informes oficiales que esta mañana se recibieron.

Asi como en otras poblaciones se dieron muchos vivas á España y á los Reyes, en Vigo se dieron á las trainas.

A nadie podia esto sorprender, dado el disgusto que en Vigo reinaba, disgusto que no han podido borrar todos los buenos oficios, todos los ofrecimientos de Silvela.

A falta de voces que atronaran el espacio, aparecieron grandes carteles diciendo á los recien llegados: «Aqui necesitamos las trainas».

Los Reyes no desembarcaron y solo el jefe del gobierno tuvo por necesidad que entrar en parlamento con los traineros ofreciendo rectificar su orden ministerial.

Las imprudencias del Sr. Silvela, nos han traido á este estado de cosas.

¡A qué reflexiones se prestan estos accidentes!

¿Habrá quien las haga? No dudamos de ello.

Malas noticias

Segun he podido oir de labios de eminentes médicos, la vida de determinada persona está amenazada de enfermedad terrible, heredada en el seno materno.

Los acontecimientos que se avecinan son bien tristes para nuestra nacion, de ser ciertas, las anteriores noticias.

¡Dios quiera que la ciencia se equivoque!

Sagasta no lo quiere

A pesar de las explícitas manifestaciones hechas por el Sr. Sagasta de que no aspira al poder, me consta por conducto autorizado, que el jefe del partido liberal no quiere encargarse del gobierno; conoce los serios conflictos creados por las torpezas del Sr. Silvela y los teme.

No quiere que en sus manos se pierdan nuevos pedazos de la patria y á este fin guarda absoluta reserva que solo en momentos difíciles romperia para hablarle al país cual debe.

Esperemos y ¡Dios nos ampare!

X.

31 Agosto 1900.

Al Presidente de la Diputacion

Siempre hemos sido enemigos del negocio de las cartas de pago en la Diputacion provincial, pero hoy lo somos en mayor grado, ante el conflicto que se ha creado por la negativa de los abastecedores á suministrar alimentos para atender á las necesidades de los infelices, mil veces dicho y nunca bastante, asilados bajo la proteccion oficial.

Hemos observado con tristeza que la solucion que se pretende dar al asunto, y esto por unos dias, es la de siempre, el chantage de las cartas de pago.

Nosotros que hemos oido de labios de V. S. la más solemne protesta de que jamás accederia á facilitar cartas de pago contra los ayuntamientos y si á obligarlos á que ingresen directamente el importe de sus descubiertos en las arcas de la Diputacion, cúmplenos recordarle el cumplimiento de tal oferta, por que se nos dice que vuelve á gestionarse cerca de su autoridad la rectificacion del noble propósito de V. S.

Y nada más por hoy.

PÁGINAS DE LA HISTORIA

LAFAYETTE

La libertad, su patria, la honradez política y el honor militar siempre tuvieron en el marqués de Lafayette, célebre general francés, un ferviente adorador y un brazo fuerte y generoso que vivió dispuesto á defenderlos y á sacrificar su vida en aras de ellos, por lo cual inútil es decir que tan insigne campeon fué hombre que saboreó tantas satisfaciones como amarguras, que más de una vez se vió derribado de su pedestal de gloria por los mismos que le habian ayudado á subir á él.

Hombre generoso, de valor inquebrantable y nacido para ser constantemente un enamorado de la libertad y vivir en continuada lucha, renunció á las comodidades y posicion social que por su nacimiento le estaban reservadas y vivió una vida agitada, llena de aventuras y peligros en cuantas ocasiones tuvo, dedicada á la defensa de los ideales modernos, siempre con un desinteres sin limites, siempre con una fé y un entusiasmo de que no hay mejor ejemplo.

Sus aventuras tuvieron comienzo en la América del Norte, á donde habia ido para ayudar con las armas en la mano á Washington en la conquista de la independencia por que luchaba. La fortuna le fué propicia y no tardó en lucir las insignias de general; pero surge la guerra declarada á Francia por Inglaterra, por la ayuda que aquella prestaba á los americanos rebeldes, y Lafayette regresa á su patria para defenderla de los británicos, partiendo nuevamente al Norte de América cuando la paz fué restablecida entre los suyos, no abandonándolo hasta que las armas inglesas fueron por completo derrotadas y reconocida por todos los pueblos la independencia de los norte-americanos.

Al estallar la revolucion de 1789, Lafayette contose entre los más ardientes patriotas y fué nombrado comandante de la guardia nacional, en cuyo puesto, por ser enemigo de todo género de atropellos é inhumanidades, salvó la vida de Luis XVI y de su esposa en los sucesos de Versalles, contribuyendo este hecho y la fuga de los desdichados monarcas á que su popularidad y prestigios, sufrieran grave quebranto, del que pretendió él salvarse poniéndose al frente del ejército que se batia con los extranjeros que invadian á Francia, maniobra que le salió mal, por que sus enemigos los jacobinos, con sus intrigas, le obligaron á abandonar su puesto de honor y presentarse en Paris, lo que empeoró su situacion, librándole de una muerte segura los austriacos, quienes le hicieron prisionero y retuvieron en su poder cinco años.

El resto de su existencia—falleció en Paris el 20 de Mayo de 1834—lo pasó Lafayette unas veces retirado de la politica y otras tomando activa parte en ella, sufriendo frecuentes disgustos cuando intervenia en los negocios públicos.

Lafayette nació en el castillo de Chavagnan, de la Auvenia (Francia) el 1.° de Septiembre de 1757.

Hernando de Acevedo

CUENTO

¿CRIMEN Ó JUSTICIA?

Entré á tomar café, como de costumbre, y frente á la mesa ocupada por mí se sentó en otra un hombre joven, de aspecto simpático y elegantemente vestido.

Era ciego y le acompañaba un muchacho de doce años que le servia de lazarillo. Una vez que le dejó colocado, el acompañante se marchó á la calle, tal vez á algun recado que su amo le mandase.

Mientras el mozo le sirvió el café y una copa de coñac, retirándose seguidamente, como hacia cuando terminaba el servicio.

Esto me llamó la atencion, y desde aquel momento no dejé de mirar ni un segundo al ciego.

En aquella cara inmovil y severa, de trazos perfectos y de conjunto frio, no podian leerse las emociones del alma. El ciego imperturbable, y con una gravedad y mesura que sobrecogia el ánimo, alargó la mano, y palpando buscó el platillo del azucar. Cogió tres terrones, y con el procedimiento antes empleado, los echó en la taza. Aquella primera maniobra llamó mucho mi atencion, pero nada más.

Iba casi á dejar mi examen y dedicarme á saborear mi taza de café, cuando el ruido que hace una cerilla al ser frotada para encenderla, llamó de nuevo mi curiosidad.

Era el ciego que habia preparado un cigarrillo y se disponía á encenderlo. Las yemas de los dedos de la mano izquierda tocaban el extremo del cigarro; en la derecha tenia ardiendo la cerilla; aplicó la llama á los dedos, único medio de saber que la cerilla estaba próxima, y encendió el cigarro. Aquel sufrimiento, que le proporcionaba una pequeña quemadura, lo daba por bien empleado con tal de saborear el tabaco.

Nuevo asombro en mí, mejor aun más palpable en todo mi ser la conmiseración y la pena al contemplar á aquel hombre joven y lleno de vida, completamente inútil por todo.

A mi mente se agolparon no pocas reflexiones; creo que hasta mis creencias, santas y hermosas, como inculcadas por una madre amantísima, tambaleaban y al menor esfuerzo podrian venir á tierra, y en tanto que estos pensamientos se sucedian, instintivamente y sin darme cuenta abria mis ojos cuanto podian dilatarse mis párpados y miraba al ciego con un ansia y con una intensidad tal, que me la explicaba por el miedo que tenia en aquel momento de que yo tambien podia quedarme ciego. ¡Pensamiento terrible! El amargó el rato de sosiego que pretendí regalar á mi espíritu saboreando sorbo á sorbo mi taza de café.

El ciego seguia inmóvil. Extendió la mano para arrojar al suelo la ceniza del cigarro; pero calculó mal la distancia, y la echó dentró del café, que aun no habia probado.

No pude contenerme más; me levanté y fuí á la mesa de aquel desgraciado.

—Perdón, caballero—le dije; — desde mi mesa acabo de ver que habéis echado la ceniza del cigarro en vuestro café, y vengo á advertíroslo para que pidais otro.

—Mil gracias, señor mío, por tan buena acción. Os quedo muy reconocido por este acto, que demuestra la nobleza de vuestro carácter. Es la primera vez que me ocurre esto.

—¿Qué?—repliqué yo,—¿jamás nadie os ha llamado la atención sobre algo que hayais cometido tan involuntariamente como ahora?

—Nunca, caballero. No me estraña; es mi sino y es mi castigo cuanto en mi veis; por eso no me quejo. ¡Quién sabe si estos sufrimientos lavarán un dia mi crimen!

—¿Qué decís?

—No os alteréis tan pronto. En dos palabras os contaré mi historia, que no me importa la sepáis, seas quien fuereis. No veo, así es que no pueden sonrojarme ni impresionarme vuestras miradas ó vuestros gestos.

Además, ¡se lo cuento á todo el mundo! Oidme, pues.

Lo de siempre, amigo mío: vi una muchacha, me gustó, la declaré mis simpatias, y más tarde un amor que en realidad sentia; aceptó, y héteme que me encontraba como el pez en el agua por la satisfaccion tan grande que sentí al ser correspondido. No os hago el retrato de ella, ni os digo su nombre, porque no hace falta. Nuestro amor fué creciendo hasta tal punto y en tal forma, que nadie como nosotros pudimos decir que éramos el uno para el otro. Inexperiencias de jóvenes, y sobre todo una sugestion mutua imposible de vencer, hubo un dia en que nos abandonamos á locos arrebatos, avivados por el deseo. Triunfó la carne, con esa victoria afímera y fugaz que da la hartura del ansia satisfecha. Pasó el tiempo; ella calló siempre, hasta donde fué posible. Aumentó aquel mutismo, la existencia de nuevo ser, y calificativo duro, muy duro cuando se dirige á un hombre de honor, marcó mi frente.

—¡Miserable!—gritó una voz, y luego otra, y otra, y hasta el llanto del niño parecia que en sus reflexiones la repetía como un eco. Juré lavar la mancha, y fuí perjuro... más todavía, ¡olvidé!

Una noche, la última de mi vida, al marchar distraido hacia mi casa cortó mi paso una mujer con un niño en brazos. Pronunció mi nombre con una entonación de dulzura y cariño que debió enternecerme; no pasó así. Retiré sin violencia aquel obstáculo, y seguí el camino. Sentí que lloraban detrás de mi con un desconsuelo desgarrador, que los calificativos más dulces se me prodigaban, y en vez de caer de hinojos ante aquella mártir, la rechacé con frases brutales y seguí andando.

A los pocos minutos una mano me tocaba en un hombro, volví la cabeza, y sobre mis ojos y cara cayó un líquido lanzado con furia. El dolor horrible me hizo caer al suelo, pedí socorro con gritos de muerte, y sólo oía una carcajada que se iba alejando. ¡Maldita, mil veces maldita!—grité con toda la fuerza de mis pulmones, y quedé sin sentido. Después supe que unos transeuntes me llevaron á la casa de Socorro, que el vitriolo habia abrasado mis ojos, y que moralmente habia muerto.

—¿Y ella?—pregunté.

—¡Ella! Pobrecilla, sabe mi desgracia, se pasa llorando los dias enteros porque dice que está ciega. La infeliz ha perdido la razon, y solo de cuando en cuando se le oye decir con entonacion horrible: ¡maldita mil veces, maldita!, acompañando á estas frases una carcajada imposible de describir! ¡Me ama tanto!...

Antonio Santero.

SOLFA INSULSA

ó

Quisicosas del sábado

Cuantos y cuantos suspiros se habrán escapado hoy de los corazones al aparecer en el *lejano horizonte* los primeros albores de la mañana.

¡La féria! ¡La feria! esto ha sido el grito general, para unos de alegria y para otros de tristeza; porque la feria trae también sus tristezas.

¿Que placer puede sentir aquel que no teniendo un céntimo le anuncien que estamos en feria? Ninguno.

El pobre no puede hacer otros derroches que ir por la noche á la velada y pasearse, esto porque no le cuesta ni cinco céntimos, de lo contrario hasta de eso se privaria.

Aqui me tienen ustedes; yo soy una de las víctimas de la feria.

La visita de esta señora me ha cogido como ratón en queso; porque si al menos me hubiera avisado con anticipación su llegada, menos mal, hubiera cogido un *sable* y ¡zamará! el polvo que muevo.

He de advertir que mis *sablazos* son fenomenales: un tajo, hombre, vulgo bolsillo, á tierra.

En estas circunstancias me encuentro. ¡Cuantos ayes me cuesta ya la feria!

No hay de que darlas, los tiempos están muy malos, no discrepan en nada de la celébre camarilla de Paco el de la daga; el poder está en los fuertes; los débiles quedan aplastados por la razón de la fuerza.